

# Aula de Literatura

Una colección con apasionada vocación didáctica

por Francisco Antón\*

**A**un a riesgo de caer en la obviedad, en lo que ya se me antoja perogrullada, todo parece aconsejar que, terciando en una polémica un tanto agostada y poco fructífera, comience uno por tomar posición: la literatura es por encima de todo una manifestación artística, y, como tal, un puro artificio basado en la desviación respecto al uso oral que es propio de la lengua. Tal desviación o artificio del lenguaje literario ha dado lugar, a lo largo de los tiempos, a numerosas *poéticas* que dan cuenta de algunos secretos del oficio de escritor, y, aunque sería exagerado postular que sólo el conocimiento pormenorizado de esas poéticas permite al lector avisado apreciar una obra literaria y calibrar su mérito, no podemos caer en la ingenuidad de creer que cualquier lector está en condiciones de captar los múltiples mensajes subliminales que ofrece un texto literario y, menos aún, de deleitarse con el placer estético derivado de la compleja construcción lingüística que constituye la esencia de la literatura. La forma y la composición están ciertamente impregnadas de ideas, sentimientos, emociones que tocan al hombre muy de cerca; pero esas ideas se incardinan en contextos socioculturales que es necesario conocer, y los sentimientos y emociones se expresan a menudo por medio de «mundos sutiles» (como dijera Ma-

chado) no siempre accesibles a un lector sin una mínima madurez y formación literaria. Y todo ello, conviene insistir, sin perder de vista que lo literario reside en un entramado lingüístico que, por ejemplo, convierte la expresión de la idea «te amo» (de por sí, ni más ni menos literaria que «Pedro pasea») en una pieza literaria.

## Lectura no siempre rima con literatura

En otras ocasiones he manifestado, por todo ello, mi perplejidad ante la designación *literatura infantil* o *juvenil*, que, a todas luces, y si no se matiza con buen sentido, me parece una antinomia, un oxímoron. La literatura admite adjetivaciones basadas en el género, en los estilos, en las épocas, en la lengua en que está escrita e incluso, aunque en menor medida (pues éste es terreno movedizo), en los temas. Pero no encontraremos, salvo contadísimas excepciones (*La isla del tesoro* es la más conspicua), libros que hayan sido concebidos especialmente para niños o jóvenes y que merezcan siquiera una mención en las historias de la literatura, y ello por la sencilla razón de que no son obras literarias. Los llamados *clásicos* de la literatura juvenil, o bien no fueron obras escritas pensando en lectores infantiles (es el caso, por ejemplo, de *Kim* o de *Canción de Navidad*), o bien se trata

de textos cuyos autores conocían tan bien el oficio de escribir que les hubiera resultado imposible rebajar sus propios niveles de exigencia hasta adaptarlos, como puede leerse en un folleto publicitario de una colección de reciente aparición, a un lenguaje que entiendan los niños. Como señaló Hazard hace ya muchos años, los niños (aunque sería más adecuado decir los jóvenes) se han apropiado de una serie de libros que, por el mero hecho de ser lecturas queridas para ellos, han recibido el calificativo de *infantiles* o *juveniles*, lo que no ha servido sino para redundar en su descrédito y mermar ostensiblemente el interés y la atención de la crítica especializada. El adjetivo, así, es más un baldón que una aséptica taxonomía literaria. ¡Cuántas veces no se lamentó J.R. Jiménez de que su *Platero y yo* fuera considerado un libro para niños! (Por otra parte, ¡qué error tan grave dar a leer ese libro a un niño de doce años! Si lo dudan, hagan la prueba y observen sus reacciones.)

De lo dicho queda claro que, a nuestro entender, todas las naves no parten siempre de puerto literario, y permítaseme decir que hay flotas que más valiera que no crearan la adicción con la que, más que prometer, amenazan, pues, de lograr sus objetivos, dispondríamos de algunos datos para entender el fenómeno social de los *culebrones*, la ceremonia del mal gusto.

## CANCIÓN DE NAVIDAD

Charles Dickens



Aula de Literatura Vicens-Vives

Admito que con ello se habría conseguido animar a la lectura, aunque en el camino, se hubiera hecho un flaco servicio a la literatura. Que no es literatura todo lo que se escribe con letras.

### Un dulce veneno

Nuestra intención con *Aula de Literatura* es, en cambio, inocular auténtico veneno literario en los estudiantes de los primeros cursos de la Enseñanza Media. Y si hablamos de literatura que pueda adaptarse a los intereses, las inquietudes y la formación de un estudiante de ese nivel educativo, pocas pueden ser las sorpresas. Es obligada la cita con London o Stevenson, con Verne o Poe, aunque demos también cabida al género policial o al relato fantástico, que no solamente reúnen los mínimos requisitos de calidad literaria sino que ejercen un indudable atractivo sobre toda clase de lectores. La opción por autores estrictamente contemporáneos topa a menudo, por desgracia, con el escollo de un contrato de derechos de autor con otras editoriales. El hecho desafortunado de que, por estos pagos, proliferen tanto los escritores con los mínimos requisitos de calidad y adecuación a los jóvenes, como los poetas en tiempos de Clarín (en que había «dos y medio»), nos obliga a recurrir con frecuencia a otras tradiciones literarias, y por tanto, a la traducción. Y, consecuentes con nuestro aprecio y profundo respeto por el texto, las traducciones se convierten en una verdadera obsesión, con el objeto de *traicionar* lo menos posible el original. Por otro lado, como entre nuestras pretensiones figura el que los estudiantes se familiaricen con las distintas vertientes del quehacer literario, publicamos novelas, relatos cortos, cuentos, poesía y teatro.

Pero nuestra colección nace con una decidida vocación didáctica, pues a nadie se le oculta que, como toda técnica, como todo artificio, la litera-

tura tiene claves, entresijos y un lenguaje propio que hay que aprender a descifrar. ¿Qué otra cosa puede y debe ser la literatura en un aula? ¿Una nómina de autores y títulos? ¿O quizá simplemente la recomendación de lecturas de «obras de entretenimiento», como parece proponer cierto afamado editor... que ha acabado por publicar guías de lectura escolares de su fondo editorial?

La reflexión sobre lo leído desvela aspectos de la riqueza de una obra que no resultan aparentes en una simple lectura, y mucho menos en lectores en formación. En nuestro caso, esa reflexión sobrepasa el clásico estudio intrínseco y alcanza las coordenadas ideológicas de que se nutre cada obra y a las que ésta sirve de vehículo: el trasfondo histórico, los valores éticos subyacentes, los múltiples rostros del amor (en *Antología de la lírica amorosa*), los enigmas ocultos (en *Relatos fantásticos*), la lógica argumentadora (en Conan Doyle), etc. Se trata de asediar el texto sin descuidar aquello que ha dado origen al impulso creador. Es bien sabido, por ejemplo, que Dickens escribió *Canción de Navidad* con el propósito de tocar la fibra sensible de los ricos respecto a la miserable condición de las clases menesterosas. Este contexto socio-histórico y ético es insoslayable porque sobre él

se sustenta todo el relato; su análisis, pues, nos ilumina y emplaza la obra en sus justos límites, ya que, bajo esa óptica, cobra pleno sentido y gana en rango artístico su tono melodramático.

Una pieza clave de nuestra colección es el profesor, quien aunque sin duda se interpone entre la obra y el lector con una colaboración no prevista por el autor, por contrapartida estimula su experiencia como lector; sus recursos didácticos y nuestro material de trabajo favorecen el debate y la reflexión.

Lamentablemente, muchos conciben el aprendizaje *como algo tedioso y desestimulante*,<sup>1</sup> y tanto ardor ponen en convencernos de ello (algunos, sospecho, con las mismas keynesianas —aunque soterradas— razones de que acusan a los demás), que casi acabarían por creérmelo... si no fuera porque, en tantas ocasiones, he visto a los estudiantes vibrar y apasionarse por el texto literario objeto de comentario y análisis.

Es, pues, incontrovertible, que se forma la sensibilidad y percepción lectoras, como se educa el gusto artístico o el oído musical. Y ésa creo que es la misión de un centro educativo. Con *Aula de Literatura*, nosotros pretendemos algo más que crear hábitos lectores. Buscamos formar lectores atentos, reflexivos y críticos que, finalizado su período de formación escolar, sepan distinguir las voces de los ecos, una simple batea de una goleta. Y ése es, pues, con *apasionado* impulso y vocación didáctica, nuestro objetivo. ■

\* Francisco Antón es Director de la colección *Aula de Literatura*, de Vicens Vives.

#### Notas

1. Hasta Fernando Savater ha llegado a escribir algo tan bárbaro e impropio de él como lo que sigue: «He oído a ciertas personas decir [...] que leer es cosa muy *educativa*: sin deseos de caer en extremismos, creo que deberían ser quemadas a fuego lento». El admirado intelectual y filósofo debió de tener, a lo que parece, experiencias profundamente traumatizantes en su época de estudiante.

